

PATRICIA MONTOYA RIVERO*

Una mirada femenina: Porfirio Díaz visto por Concha Miramón

A feminine look:
Porfirio Díaz seen by Concha Miramón

Resumen

Concepción Lombardo de Miramón escribió sus Memorias, en las que narra su vida desde su nacimiento hasta el momento en que salió de México en 1867. Sin embargo, dedica algunas páginas de su texto para externar la opinión que le merecen los gobiernos posteriores. En este texto se presenta lo que piensa sobre el régimen de Porfirio Díaz.

Palabras clave: Textos autobiográficos, modos de ver, porfirismo, historiografía, Concepción Miramón, memorias

Abstract

Concepcion Lombardo de Miramon wrote her Memorias, which chronicles his life from his birth to the time they left Mexico in 1867. However, devotes some pages of your text for expressing the view that subsequent governments deserve. This text presents what he thinks about the regime of Porfirio Díaz.

Key words: Autobiographical texts, ways of seeing, porfirism, historiography, Concepción Miramón, memories

*Lo que sabemos o lo que creemos
afecta el modo en que vemos las cosas.*

John Berger

Introducción

Son muchas las miradas que podemos encontrar en torno a la figura, siempre controvertida, de Porfirio Díaz; éstas van desde aquella que lo califica como tiránico dictador hasta la que se refiere a él como el modernizador y pacificador de México. Estas visiones las hallamos también expresadas de múltiples formas en el muralismo, en las telenovelas y películas o en los textos de historia, ya sean para la divulgación, como en las biografías, o en sesudas investigaciones de académicos y escritores famosos. Veamos ahora cual fue la percepción de una mujer decimonónica que escribió sus *Memorias*¹ y las concluyó hacia la segunda década del siglo pasado, por lo que siguiendo a John Berger, quien afirma que “lo que sabemos o lo que creemos afecta al modo en que vemos las cosas,”² analizaremos los *modos de ver* que tuvo Concepción Lombardo, esposa del general conservador Miguel Miramón, respecto a uno de los personajes más discutidos de nuestra historia.

Si bien John Berger se refiere a los modos de ver en el arte pictórico, podemos traslapar sus dichos a la historia. Tomando en cuenta que un texto constituye una imagen que recrea o representa un hecho ocurrido y que “toda imagen encarna un modo de ver”, el teórico afirma que el modo de ver está condicionado “por toda una serie de hipóte-

sis aprendidas” y de experiencias vividas.³ En otro momento, Berger afirma que “nunca miramos sólo una cosa, siempre miramos la relación entre las cosas y nosotros mismos”⁴ lo que encontraremos claramente en las *Memorias* de Concepción Lombardo.

Antes de exponer la visión de doña Concha, consideramos conveniente explicar que el texto al cual nos vamos a referir, es una obra que por su carácter podríamos calificar como *escritura del yo*, ya que se trata de un relato autobiográfico en el cual el ejercicio memorístico del sujeto es fundamental. Aclaremos que toda memoria individual se ubica dentro de un marco colectivo, puesto que el lugar social que ocupan las personas determina la estructura de la memoria del grupo, por lo cual, si bien existe una memoria colectiva, ésta se nutre de diversas individuales.

Las memorias o la *escritura del yo* forman parte de ese nutrido grupo de obras que, cultivadas desde hace muchos años, no habían sido consideradas seriamente en el ámbito historiográfico por tratarse de escritos con una fuerte carga de subjetividad, no obstante su valor como fuente histórica. Las memorias han sido escritas con el afán de trascender y por tanto pensadas para un público contemporáneo o futuro, de ahí que coincidan en ese aspecto con cualquier obra de carácter histórico, cuyo objetivo es su perdurabilidad en el tiempo para constituirse en autoridad de verdad de los lectores de futuras generaciones.⁵

³ *Ibidem*, pp. 16-17.

⁴ *Ibidem*, p. 14.

⁵ Véase Saúl Jerónimo Romero, *Guía: Siglo XIX. La revolución de independencia. Lectura historiográfica (1794-1992)*, pp. 12 y 14.

¹ Concepción Lombardo de Miramón, *Memorias*.

² John Berger, *Modos de ver*, p. 13.

Con la idea de que el modo de ver depende de lo que somos y de que no hay texto sin contexto, abordaremos primero cuales fueron las circunstancias que rodearon la vida de Concepción Lombardo, viuda del general Miguel Miramón y, de esta forma, al acercarnos a su lugar social y a su espacio de experiencia podremos explicar cómo fue que decidió tomar la pluma para dejar testimonio de su paso por este mundo y, finalmente, exponer bajo qué lente observó a Porfirio Díaz en una muy breve, pero elocuente mirada, la cual encontramos en pocas líneas de su décimo capítulo.

Una mujer de su tiempo

Conchita llegó a este mundo el domingo 8 de noviembre de 1835 en la Ciudad de México y ocupó el sexto lugar de un total de doce hijos. Su papá, Francisco María Lombardo, quien entonces ocupaba la cartera de Hacienda, había sido un destacado funcionario del gobierno que, a decir de su hija, tenía “ideas liberales”⁶ lo mismo que otros miembros de su familia por el lado materno, quienes militaron en el bando juarista,⁷ aunque su

mamá, su abuela y otros familiares eran profundamente conservadores, por lo que puede decirse que Concha nació en una cuna que se mecía entre el liberalismo y el conservadurismo.

La niña Lombardo, como muchas otras de la naciente clase media mexicana, asistió a dos escuelas de las denominadas *Amigas*; de la primera manifiesta no haber aprendido nada, pero en la segunda se instruyó en la lectura, cuentas, catecismo y labores manuales, posteriormente recibió lecciones en su propia casa –idiomas, baile, canto y equitación– si bien su educación la mantenía al margen de los acontecimientos políticos, ya que como menciona Niceto de Zamacois: “Las señoras de la buena sociedad eran ajenas [*sic*] á las ideas políticas” y “siempre se habían mantenido extrañas [...], en las contiendas de partido que habían agitado el país”.⁸ Ahora bien, a pesar de que la misma Concepción reconoce que ella y sus hermanas “poco o nada nos ocupábamos de los acontecimientos políticos”⁹ podemos afirmar que no fue una mujer del todo ajena a los vaivenes de la política, sino muy por el contrario, las actividades de su padre y algunos miembros de su familia, primero, y las de su marido, después, la hizo estar al tanto de lo que ocurría en su patria y tomar partido.

Por sus *Memorias* también sabemos que Concha Lombardo recibió una rígida

⁶ Concepción Lombardo de Miramón, *op. cit.*, pp. 1-2. Afirma la autora que su padre “ocupó puestos elevados en diversas administraciones [...] Figuró en el primer Congreso y fue perseguido por el Emperador Iturbide...”.

⁷ “Mi abuela y mis tías estaban rodeadas de individuos pertenecientes al Partido Liberal, y eran, por consiguiente, enemigas encarnizadas de los conservadores [...] y a esto se unía que mi abuela tenía dos hijos en el Partido Liberal, y uno de ellos en el ejército...” *Ibidem*, p. 144. “En el Partido Liberal no sólo tenía yo cercanos parientes, sino también algunos amigos...” *Ibidem*, p. 225. “Mi padre [...] pertenecía al Partido Liberal, se opuso a los proyectos [de monarquía] del Presidente

Paredes y esto le costó que lo persiguieran y que lo hubieran incomunicado en una prisión...” *Ibidem*, p. 258. “...mi tío [...] volvió a aparecer en la escena política haciendo el triste papel de Ministro de la Guerra, con el mayor enemigo de mi esposo, don Benito Juárez”. *Ibidem*, p. 258.

⁸ Niceto de Zamacois, *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, tomo XV, p. 204, tomo XVII, p. 254.

⁹ Concepción Lombardo, *op. cit.*, p. 10.

formación católica durante su infancia y adolescencia, como seguramente fue el caso de la mayoría de la población mexicana; practicó durante toda su vida variados ejercicios piadosos y mantuvo trato con parientes que pertenecían al estado eclesiástico y miembros prominentes de la jerarquía católica, lo cual marcaría una profunda huella en sus modos de ver los acontecimientos del país.

Dentro de su espacio de experiencia ocupan un importante lugar tanto su afición al teatro como sus lecturas. Por las noches acostumbraba leerle a su padre enfermo diversos libros de historia y de poesía. En sus *Memorias* únicamente menciona a los autores románticos Walter Scott y Adolphe Thiers, quienes imprimieron en su joven corazón una impresión perdurable.

Conchita Lombardo conoció al joven Miguel Miramón allá por 1854, y después de cuatro años de noviazgo se casó con él. A partir de entonces su vida transcurrió entre galones y sotanas, pero, sobre todo, en medio del fragor de la Guerra de Reforma. Durante los primeros meses de su matrimonio, doña Concepción viajó por el territorio mexicano hasta que su primer embarazo se lo impidió; como primera dama recibió y visitó, semanalmente, a las esposas de los diplomáticos acreditados ante el gobierno conservador presidido por su marido. A fines de 1860 la estrella de las fuerzas conservadoras declinó, entonces nuestra autora experimentó la amargura del exilio, si bien ello le dio oportunidad de conocer otras latitudes: Cuba, Europa, Estados Unidos.

El momento más trágico y triste de su vida, el que la dejaría marcada para el resto de sus días, Concha lo ubica en Querétaro, en el Cerro de las Campanas,

la mañana del 19 de junio de 1867, donde fue fusilado su esposo al lado de Maximiliano.

Sabemos que después de disponer el entierro de su marido y de vender sus joyas y propiedades, la viuda se marchó, junto con sus tres hijos sobrevivientes, al viejo continente en donde permaneció hasta su muerte, ocurrida en 1921. En Europa escribió sus *Memorias* y vivió gracias a una pensión otorgada por el emperador austriaco Francisco José, quien se la asignó en reconocimiento por los servicios de Miramón al efímero emperador Maximiliano. La señora Lombardo fijó su residencia en Roma por algún tiempo y posteriormente se estableció en España; fue en Barcelona en donde puso punto final y signó sus *Memorias* en 1917.

Las *Memorias* de Concepción¹⁰

Concha tomó la pluma siendo viuda y a una edad avanzada, para dar cuenta de su vida al lado del general conservador que fuera su marido y, en ellas, transmitió sus modos de ver los diferentes momentos y personajes del transcurrir de México. Estas *Memorias*, que abarcan cuarenta y cinco años de historia en seiscientos setenta y ocho páginas, han sido editadas en un voluminoso tomo junto con las cartas que le escribiera Miramón, en la colección Biblioteca Porrúa de esa misma firma editorial.

Se trata, como ya lo hemos dicho, de una obra autobiográfica en donde la autora inicia con su nacimiento e infancia

¹⁰Para un análisis más completo de esta obra véase Patricia María Montoya Rivero, *Miramón, el héroe de la reacción. Tres visiones de una historia*.

y concluye con su establecimiento en Europa después de la trágica muerte del general y en ella podemos encontrar variados asuntos que hacen las delicias de cualquier lector. Incluye desde documentos históricos, como la ya mencionada colección epistolar del caudillo conservador, descripciones de batallas, intrigas palaciegas y asuntos políticos, así como anécdotas y cualquier tipo de asuntos de la vida cotidiana; todo ello descrito con una inconfundible mentalidad femenina, lo que nos da una cabal idea de la vida, costumbres, preocupaciones, sentimientos e impresiones de una mujer mexicana del siglo diecinueve que si bien no tenía una gran instrucción, sí contaba una gran sensibilidad para percibir lo que acontecía en su país. A lo largo de las páginas de las *Memorias* poco a poco se desdibuja la figura de Concepción, para aparecer como nítido protagonista de ellas el joven militar conservador con quien compartió su destino.

Si bien su escrito constituye en sí mismo una fuente histórica sobre los agitados años de la Reforma, la Intervención francesa y el Segundo Imperio, también encontramos en él valiosas opiniones sobre situaciones y personajes que nos van mostrando el carácter y las preocupaciones políticas e ideológicas de su autora. Ahora bien, aunque se trata de *Memorias*, Lombardo no escribe de memoria, sino que apoya sus recuerdos en los diarios que se aficionó a escribir durante toda su vida, tal como lo atestigua el monárquico mexicano José Manuel Hidalgo –quien la conoció durante la primera estancia de Conchita en París– de igual manera utiliza documentos como las ya mencionadas cartas que le enviara Miramón así como otros textos

de historia como los de Domingo Ibarra, Francisco de Paula Arrangoiz y Niceto de Zamacois,¹¹ o como los de Samuel Basch, Hans Albert, Luis Pérez Verdía o José María Vigil. Todas estas obras conformaron el bagaje que le permitió defender su propia verdad contra cualquier otra información diversa a sus modos de ver.¹²

El segmento en el que doña Concepción escribe sobre lo que vivió después de la muerte de su marido: triunfo del liberalismo y Porfiriato, lo encontramos como una reflexión que inserta en el capítulo antepenúltimo de su obra, titulado “Querétaro”.¹³ Creemos que los párrafos de referencia fueron agregados con posterioridad, tal vez hacia la fecha en la que signó su texto, ya que interrumpe la secuencia narrativa del capítulo y sus deliberaciones tratan de tiempos posteriores a lo que está narrando.

¹¹Domingo Ibarra, *Episodios históricos militares desde fines del año de 1838 hasta 1860, con excepción de los hechos de armas que hubo en tiempo de la invasión norteamericana*. Francisco de Paula Arrangoiz, *Apuntes para la historia del Segundo Imperio mexicano y México desde 1808 hasta 1867*. Niceto de Zamacois, *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*.

¹²John Berger, *op. cit.*, p. 37.

¹³Son once los capítulos de las *Memorias* de Concepción Lombardo: I. Mi nacimiento y mi infancia; II. Mi adolescencia. Tenancingo. Querétaro. Vuelta a México; III. Mi juventud. Quienes fueron mis verdaderas maestras; IV. Sigue mi juventud y mi matrimonio; V. Los dos primeros años de mi matrimonio; VI. El segundo año de mi matrimonio; VII. Mi primer viaje a Europa; VIII. Vuelta a la patria; IX. Mi segundo viaje a Europa y vuelta del destierro; X. Querétaro; y XI. La lucha por la vida.

La mirada a don Porfirio

Una de las miradas más interesantes que dirige Concha a los protagonistas de la historia de México, es, sin duda, la que posa en el régimen y en la persona de don Porfirio Díaz. Si bien son escasas las líneas que le dedica, éstas son incisivas por la opinión que le merece el General como continuador de la obra liberal, y confirman una ideología construida y vivida a lo largo de muchos años, además de que nos evoca el pensamiento de Francisco Bulnes, quien por entonces era uno de los autores más leídos en la lejana patria. Si lo conoció o no, es algo que no podemos afirmar.

Lo que sí sabemos es que Lombardo puso fin a su obra un 7 de agosto a tan sólo siete años del estallido de la Revolución mexicana; para entonces llevaba cincuenta años de su vida residiendo en el viejo continente, desde donde recibía y leía con avidez las noticias que llegaban de su lejano país, al cual seguía unida a través de dos de sus hijos que habían regresado a radicar en México. Además de su natural disposición a estar informada, debió haber sido ése uno de los motivos por los que se mantuvo al tanto de los acontecimientos del régimen juarista, primero, y porfirista después, así como de la caída de este último –al sumirse nuevamente el país en una violenta discordia– así como de su salida de México y su muerte en París.

Tenemos que nuestra autora, al detener su mirada en el Porfiriato, realiza un balance de lo conseguido por los liberales a partir de su triunfo, el cual ubica, no el día de la entrada triunfal de Benito Juárez a la capital de la restaurada república, sino cuando Maximiliano y sus lugar-

tenientes fueron pasados por las armas y con ellos murió la ilusión del Imperio, lo que para Concha significó la derrota del partido y de los ideales conservadores. Pero mejor, leamos lo que Lombardo escribió con su puño y letra:

¿Cuáles han sido las ventajas que han resultado a nuestra amada patria, después del triple asesinato cometido por el Partido Liberal, el 19 de junio de 1867 en el Cerro de las Campanas? [...] El Partido Conservador, naturalmente inepto y desalentado, además, después del drama de Querétaro, fue acabando poco a poco, hasta que desapareció por completo. Así fue que el Partido Liberal, desembarazado de aquel enemigo que durante varios años había luchado contra él, se encontró dueño absoluto del país, y se dedicó con esmero en desarrollar en el pueblo, y en la sociedad, sus ideas inmorales, anticristianas, y lo más triste, antipatrióticas.¹⁴

Es interesante hacer notar que doña Concepción consideró entonces totalmente acabado, muerto y enterrado al partido conservador, igual que lo había sido su amado Miramón, lo que denota el estado de amargura y depresión con el que veía a su lejana patria; con el final de aquél, ésta se había hundido en una vorágine de inmoralidad y antivalores, ya que el conservadurismo derrotado era lo único que podía representar un freno ante las malas pasiones de los hombres, pues se fundamentaba en la moral católica; no obstante, es dura en su crítica al partido de su esposo, que, considera, no estuvo a la altura de las circunstan-

¹⁴Concepción Lombardo, *op. cit.*, p. 609.

cias para poder sostener eficazmente un régimen conservador. Este modo de ver el fin del conservadurismo y la pervivencia del liberalismo, desde luego que tiene mucho que ver con la connotación religiosa que tuvo la Guerra de Reforma y que ella observó como mujer del llamado “joven Macabeo”.

Asimismo, son de tomar en cuenta los calificativos tan duros que emplea al referirse al partido de su marido: “naturalmente inepto y desalentado”, lo cual nos lleva a pensar que el valor a éste lo daba, en realidad, el jefe que lo dirigía, tal vez pensando en la época en que Miramón lo había acaudillado.

Por otra parte, la mirada de Concepción, al igual que la de muchos católicos mexicanos conservadores, a la masonería, la condujo a considerar a esta agrupación como enemiga de la religión, idea que se había encargado de propagar la jerarquía de la Iglesia católica desde los púlpitos. A esta asociación secreta se le asociaba con intrigas, conspiraciones y revoluciones; por todo ello, un político liberal y masón era considerado por los conservadores de la época como individuo irreverente, revoltoso y poco confiable. Por su parte, nuestra autora estaba al tanto de la influencia de la masonería en los intrínquilos de la política y de que algunos miembros de estas sociedades se habían encumbrado hasta la posición más alta del Estado, de lo que culpaba, desde luego al liberalismo triunfante, que hacía ostentación de sus relaciones con este grupo; asimismo, doña Concha pensaba que el pertenecer o ser cercano a la masonería se había convertido en una moda de aquellos políticos a los que ella denostaba:

El diabólico masonismo [*sic*], se puso en boga alcanzando su triunfo con tener a su cabeza a los Jefes de Estado. Las logias masónicas tenían a gala colocar en sus balcones grandes enseñas, y sus procesiones salían públicamente por las calles de la capital, presididas por algún hermano tres puntos, que generalmente ocupaba algún alto puesto en la política.¹⁵

Seguramente no olvidaba que tanto Juárez como Díaz eran miembros de la masonería.

Otra crítica que sale de la pluma de la atribulada viuda de Miramón es la concerniente a la corrupción. Considera que de don Benito Juárez en adelante, la ambición ha sido el móvil de los políticos, opinión que no deja de sorprendernos, y más cuando volvemos la mirada hacia nuestra contemporánea clase política nacional, de quien la prensa da cuenta de numerosas corruptelas; ¿tendría también en mente a los gobiernos que habían emergido a raíz de la Revolución? No hay que olvidar que dio por concluidas sus *Memorias* en 1917 y que murió en 1921. Veamos su planteamiento:

Los hombres que han regido nuestro país, después del completo triunfo del liberalismo, no han tenido otro lema que el del bolsillo, y así, hemos visto salir de la presidencia a hombres que no tenían un centavo, poseyendo pingües fortunas.¹⁶

Por otra parte, siempre siguiendo con la idea de considerar enemigo natural de México a Estados Unidos, tal y como todos los ideólogos del conservadurismo

¹⁵*Ibidem*, p. 609.

¹⁶*Ibidem*, p. 610.

lo habían manejado desde antes de Lucas Alamán, acusa a los regímenes posteriores a la caída del Imperio, de plegarse totalmente a los dictados de la Casa Blanca, no únicamente en lo que a política se refiere, sino también en lo referente a lo económico con las disposiciones de apertura de mercados y capitales a favor de las empresas estadounidenses. Sin embargo, no alcanza a observar o no quiere, que otras naciones europeas también mantuvieron intereses en nuestro país. Así se expresa de los gobiernos del liberalismo después de la derrota conservadora:

Pero lo que causa una verdadera indignación, es que la mayor parte de ellos han debido su elevación a nuestro común enemigo, el yanqui, el cual les ha prestado su apoyo, y protección, en cambio de sacar de ellos toda clase de franquicias y privilegios ruinosos para nuestra desgraciada patria.¹⁷

Además de la pérdida de soberanía con la adhesión a nuestro vecino del norte, la por entonces anciana Concha les echa en cara, pero sin mencionarlos por su nombre, tanto a Benito Juárez como a Porfirio Díaz sus larguísimos periodos de gobierno; recordemos que su joven esposo solamente duró en el cargo dos años, y esos, inmersos en la violenta Guerra de Reforma. Para dichos regímenes gubernamentales, encumbrados después de la caída del Imperio, el apoyo estadounidense, que había sido indispensable para el triunfo liberal, se tornó fundamental para poder mantenerse en el poder, de ahí el compromiso de plegarse a sus requerimientos políticos y económicos.

¡Hemos tenido un presidente que duró quince años, otro que duró en el poder más de treinta!; estos hombres han sido los más antipatriotas y los más culpables, porque teniendo en sus manos todos los elementos para organizar y preparar una seria y poderosa defensa contra nuestro común enemigo, se quedaron bajo su tutela, concediéndoles cuanto les pedía, por temor de perder la alta posición que ocupaban.¹⁸

Finalmente, ahora ya mencionando a Porfirio con su nombre completo, pero nunca le concede el honroso título de don, ratifica sus acusaciones y pareciera decir, en los amargos renglones que redacta, que el destierro del dictador y su posterior muerte en el exilio fue una suerte de castigo por sus muchos y execrables crímenes contra la patria.

Porfirio Díaz también murió en su cama, pero proscrito en el destierro, porque cansado de la tutela americana, se quiso emancipar de ella, y dar a sus amigos y partidarios, las concesiones y privilegios de que los americanos gozaban. Esto bastó para discontentar el Gabinete de Washington, que como siempre, se valió de sus ocultas tramas para precipitar la caída de Porfirio, que ignominiosamente fue lanzado del país.¹⁹

Resulta importante mencionar que una vez más acusa al coloso del norte, ahora como el causante de la caída del dictador. Con todo esto, pareciera afirmar que, muertos los paladines del conservadurismo, México quedó total, fatalmente,

¹⁷*Ibidem*, p. 610.

¹⁸*Loc. cit.*

¹⁹*Loc. cit.*

a merced de sus ambiciosos vecinos sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo, tal como lo habían pronosticado Luis Gonzaga Cuevas y Lucas Alamán, además de la reiteración de Francisco de Paula Arrangoiz.

A manera de conclusión

Los modos con que Conchita vio el mundo y los conflictos mexicanos estuvieron determinados por las experiencias mismas de su vida, en la que destaca, por una parte, su rígida formación religiosa, y por la otra, el hecho fundamental de su matrimonio con el conservador Miguel Miramón. Y estos, sus modos de ver la realidad, de percibir los sucesos ocurridos en su país a lo largo de su existencia quedaron plasmados en sus *Memorias*, dada su afición a escribirlo todo, pero principalmente a su necesidad por justificar las acciones del esposo sacrificado en el Cerro de las Campanas.

Estas *Memorias*, cuyo punto final puso allá por el año de 1917, las cuales relatan su vida al lado del caudillo conservador, también nos regalan el testimonio de una inteligente e interesante mujer mexicana, quien, a través de sus letras, va desgranando los acontecimientos de las trascendentales épocas de la Reforma, la Intervención y el Imperio; al mismo tiempo nos presenta sugestivas opiniones que dan luz sobre el pensamiento de la reacción mexicana del siglo XIX: arraigada religiosidad en la cual se confunde el dogma con la institución eclesiástica; profundo sentimiento antiestadounidense, país al que ve como enemigo de la moralidad y de los valores de una patria

de raíces hispanocatólicas; defensa del *statu quo* y de los privilegios del ejército y la Iglesia católica, así como la equiparación de la blanquitud con la decencia.

La lente a través del cual Conchita Lombardo posa su mirada en los eventos de su patria, sostenida por el conservadurismo decimonónico, también está teñida por un color típicamente romántico en el que la fatalidad juega un papel determinante; no obstante, otorga a la intencionalidad humana, incidencia en los hechos históricos que narra.

Si bien el tema de las *Memorias* de Concepción se centra entre la década que va de 1857 a 1867, da cuenta, aunque muy brevemente, de lo que piensa de su contemporaneidad en el momento de escribir sus reflexiones; es decir, de la época y administración de Díaz, a quien tacha de liberal, masón, extranjerizante, proestadounidense, inmoral, antirreligioso y dictador; sin sentir la más mínima piedad por ese hombre, que al igual que ella, debía de acabar sus días en el exilio. Con ello encontramos que el texto de Lombardo, si bien no constituye un libro de historia, sí fue concebido con la intención historiográfica de recrear el pasado a la luz del presente, por lo que a lo largo de esta obra son frecuentes las frases narrativas características de quien escribe del pasado, como dijera Arthur C. Danto al analizar la escritura de la historia.²⁰

En los párrafos analizados y puestos a la consideración del lector, podemos percibir un angustioso y doliente grito de Concha Miramón, quien expresa

²⁰Véase Arthur C. Danto, *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*.

de diferente manera, pero al unísono con la ya famosa frase atribuida al propio Díaz:

“Pobre de México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”.

Bibliografía

- Arrangoiz, Francisco de Paula. *Apuntes para la historia del Segundo Imperio mexicano*. Madrid, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1869.
- . *México desde 1808 hasta 1867*. Madrid, Imprenta de D. A. Pérez Dubrull e Imprenta Estrada, 1871-1872.
- Beger, John. *Modos de ver*. 2ª edición. Barcelona, Gustavo Gili, 2010.
- Danto, Arthur C. *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona, Paidós, 1989.
- Ibarra, Domingo. *Episodios históricos militares desde fines del año de 1838 hasta 1860, con excepción de los hechos de armas que hubo en tiempo de la invasión norteamericana*. México, Imprenta de Reyes Velasco, 1890.
- Jerónimo Romero, Saúl. *Guía: Siglo XIX. La revolución de independencia. Lectura historiográfica (1794-1992)*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, Maestría en Historiografía de México, 1999.
- Lombardo de Miramón, Concepción. *Memorias*. México, Porrúa, 1980.
- Montoya Rivero, Patricia María. *Miramón, el héroe de la reacción. Tres visiones de una historia*. Tesis, Maestría en Historiografía de México. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, 2000.
- Zamacois, Niceto de. *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*. México-Barcelona, Imprenta de J. F. Parrés y Cía., 1876-1882.